

Las tres idolatrías.

Carlos Enrique Restrepo*

“*Hemos creado nuevos ídolos*”, dice el Papa Francisco en la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, a propósito del estado del mundo actual (Cap. II, § 55). Expresamente se refiere al “fetichismo del dinero”, casi en los mismos términos que Marx cuando trataba el fetichismo de la mercancía (*El Capital*, T. I, Cap. I, § 4), con la diferencia de que, en nuestro tiempo, el dinero ya no sólo produce fenómenos como la explotación y la opresión, sino una *dictadura de la economía* causante de la exclusión social que confina a las márgenes enormes masas de población: aquellos que no entran en la red del consumo y que, por tanto, quedan relegados a la condición infrahumana de “desechos” y “sobrantes” (*Evangelii Gaudium*, § 53). La *dictadura de la economía* se asemeja, según el Papa Francisco, al culto del “becerro de oro” de tiempos de Moisés (*Ex 32, 1-35*); sus himnos se entonan ahora siguiendo los vaivenes de La Bolsa, la cual se erige en catedral de la Nueva Ecumene constituida por la irrefrenable expansión del capital.

Pero el Papa habla en plural: *nuevos ídolos*. Al menos otros dos quedan claramente indicados en la *Evangelii Gaudium*, a saber: la *técnica* y la *política* que, junto a la integración mundial del capitalismo, completan el sistema trinitario de ingeniería social al que genéricamente denominamos “globalización”. De la técnica, por su parte, el filósofo alemán Martín Heidegger supo advertir su naturaleza idolátrica, al atribuirle el poder de fundar una “época de la imagen”, de disolver el mundo y convertirlo en imagen, lo cual hoy vemos materializarse bajo el “sistema de la representación” de la sociedad de la información y de los *mass media*. En cuanto a la política, Nietzsche la había considerado de modo análogo al referirse al Estado como el “Nuevo Ídolo” al que, por su multinaturalismo monstruoso (mezcla de animal, máquina, hombre y Dios) la tradición moderna le dio el nombre bíblico de *El Leviatán*.

* Profesor de Filosofía en la Universidad de Antioquia y estudiante de Teología en la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín, Colombia).

La coincidencia de la Exhortación papal con las doctrinas de los filósofos no es casual. Ella es debida a la condición común que caracteriza los poderes contemporáneos: el hecho de constituir cada uno a su modo una forma de *idolatría*. Al hablar de idolatría, acudimos a una noción teológica que proporciona una clave importante para el análisis crítico de los fenómenos propios de nuestra época. Su comprensión se refrenda en abundantes pasajes bíblicos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento (p. ej: *Ex* 20, 22; *Deut* 7 y 27; *Isa* 31 y 44; *Hech* 17, 16; 1 *Cor* 10, 19; *Col* 3, 5), a los que se suman luego la doctrina del Concilio de Nicea II (del año 787), y las consideraciones de importantes teólogos como Santo Tomás de Aquino (*Summa theologiae*, II-IIae q.94).

En el sentido corriente, entendemos por *idolatría* la prohibición del culto a las imágenes religiosas, practicada por la fe protestante desde Lutero; pero su sentido exacto es más bien el de la acusación de las “falsas imágenes”, en oposición a la “verdadera imagen” de Dios, y por tanto, de los “falsos dioses” que en el curso histórico, y particularmente en la esfera pública, se vuelven objeto de adoración. En efecto, los ídolos se instalan de modo privilegiado en la comunidad de los hombres, por lo que su medio propicio es la ciudad. Bien puede ocurrir que se les rinda un culto privado, en cuyo caso son denominados “ídolos de la cueva”, de acuerdo a la doctrina de Francis Bacon (*Novum organum*, §§ 38-44); pero su rasgo distintivo es el de su eficacia y validación comunitarias (caso de los “ídolos de la tribu”, “del foro” y “del teatro”), por cuanto cumplen la función de sucedáneos respecto al conjunto de demandas y relaciones sociales propias de la religión. Así, por ejemplo, según el texto bíblico de *Éxodo* 32, es el pueblo mismo de los israelitas el que le pide a Aarón que les erija un dios, en el entretiem po en el que Moises recibe en el Sinaí las tablas de la ley; por su parte San Pablo, a su llegada a Atenas, “se indignaba en su interior al ver la ciudad llena de ídolos”, como si la divinidad fuese “algo semejante al oro, la plata o la piedra, modelados por el arte o el ingenio humanos” (*Hech* 17, 16-29).

La espera del Mesías, la retirada de Dios que inaugura la escatología de la promesa, propicia la proliferación de ídolos que ocupan el presente de los pueblos, sustituyendo lo divino invisible por el artificio visible de un “dios”. Mediante su “puesta en imagen”, el ídolo se apropia lo divino volviéndolo algo disponible, “un amuleto demasiado conocido,

manipulable y garantizado”, reducido a una excesiva familiaridad (Marion, 1999: 20). De ahí su terrible eficacia política: “hace cercano, protector y fiel promisor al dios que, al identificarse con la ciudad, preserva su identidad (...) incluso después del paganismo: el Big Brother, el Gran Timonel, el *Führer*, o el Hombre que más queremos...” (*Id.*). El ídolo clausura mortalmente lo divino mediante el sustituto de una imagen que colma toda visibilidad. La política comienza con este eclipse de Dios que suplanta la función de la religión, instalando en su lugar la adoración propia de la idolatría.

Así, en el gigantismo irrefrenable de su expansión planetaria, la técnica, el capital y la política constituyen los ídolos imperantes en los comienzos del tercer milenio de la era cristiana. Bajo el régimen de su visibilidad indiscutible, se forjan los nuevos despotismos (informativo, gubernamental y financiero), que a su paso reducen la vida humana a la condición excedentaria de los millones de vivientes que deambulan en los centros metropolitanos, alienados en los flujos de la producción y el consumo, de las opiniones teledirigidas, del circuito de la deuda infinita, cuando no relegados a la condición sobrevivencialista de la masa incalculable de pobres, desclasados y precarios confinados a la marginalidad.

Contra los ídolos de nuestro tiempo, la *Evangelii Gaudium* adopta el tono urgente de la consigna: ¡No a una economía de exclusión! ¡No a la idolatría del dinero que gobierna en lugar de servir! ¡No a la acedia egoísta! ¡No a la guerra! ¡No a la inequidad que genera violencia! La misión de una “Iglesia en salida” no podría ser asumida de otra forma que como acción decidida contra los ídolos, cuya tiranía forja la imagen de un mundo sin Dios. Para disolver esta imagen habrá que abrir los ojos a otra imagen: la “visibilidad invisible” del icono. Con este fin, Jean-Luc Marion sugiere su hermenéutica de *Juan 9, 1-41*, en el que se narra la curación de un ciego de nacimiento, para extraer de allí una salida que parecerá a los ojos (idolátricos) de muchos demasiado metafísica: “Para no seguir siendo ciego, obsesionado por una oleada obstinada de imágenes fijadas que amurallan nuestros ojos dentro de sí mismos, para liberarse de la cenagosa tiranía de lo visible, hay que rezar, ir a lavarse a la fuente de Siloé. A la fuente del enviado, que sólo fue enviado para eso: para devolvernos la visión de lo invisible” (Marion, 2006: 118).

Referencias:

AAVV. (2009). *Biblia de Jerusalén*. Bilbao: Desclée de Brower.

Bacon, Francis. (2011). *La gran restauración (Novum organum)*. Madrid: Tecnos.

Heidegger, M. (2003). “La época de la imagen del mundo”. En: *Caminos de bosque*. Madrid: Alianza, pp. 63-90.

Hobbes, Th. (1980). *Leviatán*. México: F.C.E

Marion, J.-L. (1999). *El ídolo y la distancia*. Salamanca: Sígueme.

Marion, J.-L. (2006). “El ciego de Siloé”. En: *El cruce de lo visible*. Castellón: Ellago, pp. 89-118.

Marx, K. (1999). *El capital*, T. I. México: F.C.E.

Nietzsche, F. (2003). “El nuevo ídolo”. En: *Así habló Zaratustra*. Madrid: Alianza, pp. 86-89.

Papa Francisco. (2013). *Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium*. Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana.

Santo Tomás de Aquino. (2009). *Suma de teología (II-IIae q.94)*. Madrid: B.A.C.